

Fecha <b>18.04.2026</b>	Sección <b>Del Campo</b>	Página <b>1-2-3</b>
----------------------------	-----------------------------	------------------------



Página 1 de 5  
\$ 536976.00  
Tam: 2376 cm2

Continúa en siguiente hoja

Fecha 18.04.2026	Sección Del Campo	Página 1-2-3
---------------------	----------------------	-----------------

## EDITORIAL

# El nudo y como deshacerlo

Mis rediles tantas víctimas dieron,  
tanto queso llevé jugoso a la ciudad ingrata,  
y volver de ella con la bolsa bien  
llena nunca pude lograr  
Virgilio, *Bucólicas*, 42-39 aC

Desde fines del año pasado las movilizaciones de los productos comerciales de granos se han vuelto una constante. Y es que el problema de los precios no remuneradores persiste agudizándose en uno u otro producto y región conforme salen nuevas cosechas. El gobierno ha estado interviniendo puntualmente, pero el atorón no es solo coyuntural sino también de estructura y por tanto difícil de superar.

En las semanas recientes, al de las cotizaciones de los granos se añadió otro desafío igualmente grave y perentorio: el incremento de los precios de los insumos agrícolas, particularmente de los fertilizantes nitrogenados, a resultas de la respuesta de Irán a los bombardeos de Estados Unidos e Israel. Entendible revire que estrangula el movimiento comercial de los petrolíferos por el estrecho de Ormuz, a la vez que otros bombardeos, como el de Israel a los yacimientos gasíferos de South Pars, dañan su producción y almacenamiento. En unas cuantas semanas de guerra el precio de los fertilizantes se incrementó en cerca del 50% y aún no está clara su tendencia.

En lo tocante a la agricultura el tema más sensible es la escasez y encarecimiento del gas natural, insumo básico de la urea y el sulfato de amonio que son los fertilizantes más socorridos. Y si se encarecen los insumos minerales y también los combustibles empleados en la producción y el transporte agrícolas, se disparan los precios de los alimentos.

Las cosechas abundantes de 2025 tumbaron los precios, pero debido a la intermediación el consumidor doméstico de alimentos no se benefició; en 2026 se presume que la escasez y carestía de los fertilizantes reducirá las cosechas e incrementará las cotizaciones, alza de precios que los intermediarios sí trasladarán al destinatario final, un consumidor que siempre pierde pues la comida es irrenunciable de modo que no tiene para donde hacerse.

Para México el alza de mayor impacto es la del gas natural, del que somos extremadamente deficitarios por lo que para satisfacer la creciente demanda tenemos que comprarle a Estados Unidos alrededor del 75% del que ocupamos. Y el gas natural es un recurso estratégico que utilizamos en las termoeléctricas de ciclo combinado decisivas para alimentar y mantener

el equilibrio del sistema de energía eléctrica, y también en la producción de amoníaco que es insumo de la urea y otros fertilizantes nitrogenados decisivos en el sostenimiento de la agricultura mexicana. Fertilizantes que al igual que el gas y el amoníaco tenemos que importar casi en las mismas proporciones.

El asunto es de soberanía y más aún de seguridad nacional pues la luz y la comida de nuestros hogares dependen de un insumo que casi en su totalidad traemos del vecino del norte. De modo si un día al veleidoso Donald Trump se le ocurre cerrarnos la llave nos quedamos a oscuras y con hambre. De este tamaño son las cosas.

El problema es desafiante, pero tiene solución, y para encontrarla habrá que ir por partes.

La crisis de mercado que enfrenta la oferta nacional de granos, una producción que los agricultores quieren que adquiera el gobierno pues de otro modo la tienen que malbaratar dado que los grandes compradores ya llenaron sus bodegas con los adquiridos a precios de dumping provenientes de Estados Unidos, tiene causas de fondo.

La primera es la asimetría que ejemplificaré con el maíz: tenemos 3 200 km. de frontera con el mayor productor y exportador mundial del cereal, del que, gracias a las favorables condiciones agroecológicas, la tecnología empleada y los subsidios tiene rendimientos promedio de 11 toneladas por hectárea y cosechas anuales de 400 millones de toneladas. México en cambio tiene rendimientos medios de 4 toneladas y una producción anual de 27 millones. Disparidad cuyos efectos se agravan porque los precios internacionales del cereal se fijan en la bolsa de Chicago, sin distinguir el maíz amarillo de consumo industrial y forrajero del blanco de consumo humano.

La segunda es el cambio climático. Por razones históricas nuestra producción más intensiva de granos se situó en los valles costeros del noroeste. Región golpeada por el estrés hídrico -agravado en los años recientes- que hace decrecientes y erráticas nuestras cosechas. Sinaloa, por ejemplo, tiene rendimientos medios en maíz de casi 11 toneladas por hectárea, pero por falta de agua pasó de sembrar entre 550 y 500 mil hectáreas a sembrar 270 en el presente cíclico. Con años catastróficos como 2023-2024 en que se pudieron regar menos de 200 mil. Es, pues, necesario ir pensando en una relocalización.

La tercera son los acuerdos desventajosos: el T-MEC nos impide proteger eficazmente nuestro mercado interno -como se vio en

el caso del maíz transgénico- y las posturas de Trump hacen pensar que en su próxima negociación difícilmente podremos reforzar los candados. Más si tenemos en cuenta que para los maiceros estadounidenses vendernos el cereal representa ingresos anuales de más de seis mil millones de dólares. Sin olvidar que el monto de nuestras exportaciones agroalimentarias es de cerca de 60 mil millones de dólares, diez veces más, y si apostamos a cerrar fronteras a los granos podemos arriesgarlas.

La cuarta es el oligopsonio de compradores: un puñado de grandes empresas que cuando les conviene adquieren los granos baratos en Estados Unidos y en México o no compran o fijan los precios arbitrariamente.

La quinta es el oligopsonio de los agroinsumos: unas cuantas corporaciones internacionales que definen los paquetes tecnológicos y fijan los precios, siempre gravosos que los intermediarios incrementan aún más.

La sexta son las desfavorables políticas públicas: en nombre de las presuntas ventajas comparativas los gobiernos neoliberales desalentaron la producción nacional de básicos y alentaron su importación, mientras que el primer gobierno de la transformación apostó por la soberanía y autosuficiencia alimentarias pero sus principales políticas rurales fueron de combate a la pobreza y dirigidas a los campesinos más pequeños, mientras que los agricultores netamente comerciales no fueron debidamente atendidos.

Los factores mencionados configuran una circunstancia estructural -o cuando menos persistente- origen de crisis recurrentes que se presentan tanto cuando la oferta de granos es insuficiente como cuando es excesiva. Los tractores insurrectos de noviembre de 2025 y los subsecuentes dan fe de la trampa en que se encuentra nuestra agricultura de granos. Y parte del problema está en que el reclamo por precios remuneradores se hace a partir de costos de producción muy elevados. Los maiceros de Sinaloa, que son los de mayores rendimientos del país, alegan que producir una tonelada les cuesta entre seis mil y seis mil quinientos pesos y sobre eso aspiran a una ganancia. En Estados Unidos, en cambio, la inversión por tonelada es de solo tres mil... El diferencial existe, sin duda, pero el costo por tonelada que plantean quienes reclaman del gobierno precios remuneradores parece exagerado. En un ejemplo sinaloense, ciertamente de altos rendimientos, que documentamos en este mismo número del Suplemento, el costo de una tonelada de maíz producido con insumos

Continúa en siguiente hoja

Página 2 de 5

Fecha <b>18.04.2026</b>	Sección <b>Del Campo</b>	Página <b>1-2-3</b>
----------------------------	-----------------------------	------------------------

y manejo convencional es de \$3 470, mientras que con una combinación de bioinsumos y minerales la inversión disminuye hasta \$2 365 por tonelada. Puede haber diferencias en el cálculo perotengo la impresión que, cuando menos para el caso de Sinaloa, los líderes del Frente Nacional para Rescate del **Campo Mexicano**, están inflando los costos. Y si no los están inflando, con más razón habría que ver como disminuirlos.

El embrollo es ciertamente multidimensional, pero sin soslayar los alegatos sobre subsidios y dumping, el tema del diferencial de productividad técnico económica es insoslayable.

El gobierno de Claudia Sheinbaum ha enfrentado el reto con tres pertinentes y enérgicas líneas de acción: compras de volúmenes importantes de granos con pagos remuneradores, acuerdos con los grandes compradores para que adquieran su materia prima en el mercado interno y a precios razonables, negociaciones con los introductores de insumos para que fijen precios accesibles buscando la forma de que estos lleguen realmente al productor y no los incrementen arbitrariamente los intermediarios. Lo que está muy bien. Hay sin embargo un problema estructural que todavía no se ha abordado con suficiente contundencia. Tenemos acciones importantes, como el Plan Campeche para la producción de arroz, que nos ayudará a ser autosuficientes y, el mismo sentido, la entrega a **agricultores** de Zacatecas de semilla de frijol de altos rendimientos desarrollada por Productora de Semillas para el Bienestar (Prosebien). Sin embargo, no encuentro acciones semejantes dirigidas a remontar los insatisfactorios rendimientos y altos costos de nuestra producción de maíz. Pobre comportamiento que en condiciones de mercados abiertos nos pone en situación de desventaja y cuya compensación con masivas compras públicas es extremadamente gravosa y a la corta insostenible. Tenemos que reducir el diferencial incrementando la productividad tanto técnica como económica de nuestras siembras, para que el consumidor pague precios más bajos y las caídas de las cotizaciones internacionales nos peguen menos. Y esto es posible.

Lo primero es reconocer que los programas actuales que debieran incrementar los rendimientos no los incrementan. Como lo evidenciaron las evaluaciones de impacto realizadas por el Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval) en 2024, Producción para el Bienestar y Fertilizantes para el Bienestar, que llegan a cerca de dos millones de **agricultores** pequeños, los hacen menos pobres, pero no más productivos pues son simples transferencias en dinero o especie que no impactan sobre la forma en que sus destinatarios cultivan.

No hay recetas universales para producir más y mejor, pues las vías para lograrlo dependen de las condiciones **agroecológicas** y el tipo de sembradores. Pero hay algunos factores que siempre están presentes: los insumos y su manejo. Y de estos uno es central: el fertilizante. Las semillas, el uso adecuado del agua -que con el cambio climático deviene recurso crítico- y la labranza son también fundamentales, pero en esta reflexión partiré del modo en que se abona o se fertiliza la tierra, entre otras cosas porque me llevará al otro gran reto que señalé al principio: el impacto de la guerra sobre la disponibilidad y precio del gas natural, del amoníaco y de los fertilizantes nitrogenados.

Y puedo adelantar que, a mi ver, el problema de los bajos rendimientos técnico-económicos de nuestras siembras de granos y el problema de la escasez y encarecimiento de los fertilizantes minerales, tienen la misma vía sino de solución si de atenuación: reducir progresivamente el uso de los fertilizantes nitrogenados e incrementar el de los abonos biológicos.

No se trata de quitar unos y poner otros. Se trata de encontrar combinaciones sinérgicas -distintas para cada caso- en que las virtudes productivas de unos y otros se potencien. No especulo. Tenemos numerosos ejemplos de siembras en que, con un buen manejo, lo mineral y lo biológico se complementan. Y lo hacen aumentando la producción, reduciendo los costos y preservando los suelos.

Se de experiencias en Canán, Sinaloa, donde gracias a esta adecuada combinación, implementada en predios de cientos de hectáreas que disponen de riego, se han logrado rendimientos de hasta 14 toneladas de maíz a costos menores que con el cultivo tradicional.

Pero también las hay en Ayotziptepec, Oaxaca, donde con el mismo modelo híbrido ejidatarios muy pequeños y con predios de temporal consiguen rendimientos de hasta seis toneladas por hectárea y gastando menos.

Las ECAS de Producción para el Bienestar, que a diferencia de otras acciones de fomento no tienen más apoyo público específico que el acompañamiento técnico y que si convocan a muchos campesinos es porque ahí se generan aprendizajes útiles, han logrado que productores muy pequeños incrementen sus rendimientos de maíz en 25 %, reduciendo en 21% sus costos, sobre todo en **agroquímicos**, lo que mejora su relación costo beneficio en cerca del 50%.

Las cuatro toneladas por hectárea es un promedio nacional y en estados como Sinaloa hay **agricultores** con productividades semejantes a las de Estados Unidos que no podrían cosechar mucho más pues ahí inversiones adicionales tienen rendimientos decrecientes. Sin embargo, aún en estos casos una mejor combinación de agro insumos reduciría significativamente sus costos. Lo que es importante porque, como me

decía un agricultor de Badiraguato: "Aquí no trabajamos para nosotros sino para que ganen las empresas que nos venden los insumos". No digo que la transición sea fácil pues los paquetes tecnológicos crean hábito, en ocasiones las introductoras de insumos habilitan a los **agricultores** que no tienen crédito y en general hay aversión al riesgo, sin embargo, así como van las cosas parece necesaria.

El saldo de la conversión, siendo positivo, no es el mismo en los dos tipos de **agricultores** mencionados pues mientras que a unos los hace más ricos a otros solo los ayuda a salir de pobres. Pero en ambos casos el país se beneficia y se avanza hacia la hasta ahora esquiva autosuficiencia alimentaria que -como he dicho reiteradamente- requiere de la aportación de todos: pobres, acomodados y ricos.

Quienes lo han evaluado sostienen que, dependiendo de las condiciones, con este modelo se puede reducir en hasta un 40% el empleo de fertilizantes nitrogenados, manteniendo o incrementando la productividad técnica y disminuyendo el costo monetario. Y en tiempos como los que corren, la posibilidad de reducir casi a la mitad el uso de la urea y el sulfato de amonio que importamos y que serán cada vez más escasos y caros, es una oportunidad que no podemos dejar pasar.

Otra virtud de apostar al aumento de rendimientos técnicos y económicos es que en la medida en que se incrementa el ingreso neto del productor pequeño y mediano se va reduciendo el peso que tienen los subsidios en su calidad de vida, hasta hacerlos innecesarios. A diferencia de Producción para el Bienestar y Fertilizantes para el Bienestar que al no tener impactos productivos son transferencias públicas perennes, un apoyo que vaya sacando a los productores de la pobreza a través de la mejora de sus rendimientos tiene un carácter temporal. Aunque, ciertamente, el apoyo en los precios de compra y en las tasas de interés, que van dirigidos a la producción, serán necesarios por mas tiempo que los que van dirigidos a compensar la pobreza. La política virtuosa no es la que ayuda a los pobres a no pasarla tan mal sino la que los ayuda a salir de pobres gracias a su propio trabajo.

En México, además de poderosos motivos, tenemos las condiciones para impulsar una conversión que reduzca el empleo de fertilizantes minerales y a la vez aumente los rendimientos técnicos y económicos. La transición propuesta requiere de tres cosas: mayor disponibilidad de insumos no minerales, acompañamiento técnico calificado y organización de los productores. Veamos una por una.

Operan en el país alrededor de 120 empresas de insumos **agrícolas** amables, agrupadas en la Asociación Mexicana de Productos Biológicos, con capacidad para cubrir la demanda de entre 500 mil y un millón de hectáreas, y posibili-

Continúa en siguiente hoja

Página 3 de 5

Fecha <b>18.04.2026</b>	Sección <b>Del Campo</b>	Página <b>1-2-3</b>
----------------------------	-----------------------------	------------------------

dades de ampliar su oferta. Estas empresas se ubican principalmente en el norte, occidente, centro y golfo del país y son escasas en el sur y sureste, región en la que sin embargo tienen fuerte presencia las biofábricas de las que disponen casi todas las 18 500 Comunidades de Aprendizaje Campesino (CACs), del programa Sembrando Vida, y las 4 800 con las que cuentan las 4 800 Escuelas Campesinas de Aprendizaje (ECAs), vinculadas al programa Producción para el Bienestar. Más de 23 mil instalaciones modestas pero eficientes, muchas de ellas de producción excedentaria y con posibilidades de ampliación. Abonos alternativos que en un primer momento quizá habría que subsidiar para inducir su uso, empleando para ello la parte de la asignación presupuestal de Fertilizantes para el Bienestar que ya no se destinaría a la adquisición de insumos minerales. Por bioinsumos no paramos.

La transición a un paquete de insumos mixto más productivo, menos costoso y además ambientalmente sostenible supone un manejo diferente de las parcelas y un tiempo de aprendizaje. Lo que se acorta y facilita si hay campesinos que ya lo hacen y técnicos capacitados en operarlo como los que durante seis años se formaron en las ECAs. Profesionistas y promotores comunitarios que pueden calificar a otros ampliando enormemente su **campo** de acción. ¿Qué mayor satisfacción puede haber para un experimentador que ver su ejemplo extendido a cientos de miles o millones de productores pequeños medianos y aun grandes? Y los otros promotores institucionales necesarios para la conversión también están ahí, pues una parte de los operadores de **campo** de Fertilizantes para el Bienestar que ahora solo distribuyen bultos de sulfato de amonio bien podrían transformarse en inductores de nuevas formas de fertilizar y de producir. Por acompañamiento técnico no paramos.

Los productores grandes que opten por una transición que los hace más rentables pueden hacerlo solos, en cambio, para avanzar, los medianos y pequeños necesitan asociarse. Solo agrupándose podrán consolidar su demanda de insumos aprovechando así las negociaciones que ha hecho el gobierno con las empresas productoras o introductoras. Solo vendiendo juntos podrán acabar los volúmenes necesarios para aprovechar los acuerdos del gobierno con los grandes compradores. Solo asociados podrán acceder a los créditos blandos que les ofrece un programa como Cosechando Soberanía que subsidia la mitad de las tasas de interés. Y solo colectivamente podrán acceder al acompañamiento técnico necesario para ir transitando a un paquete y un manejo más suaves, más eficientes, más rentables y más sostenibles. Aun si el rancho del norte es más individualista que el comunero del sur, campesino es sinónimo de asociatividad de modo que por organización no paramos.

El tiempo necesario para operar la transición dependerá del cultivo, la región y el tipo de productores, así como del monto de los recursos destinados a impulsarla. Pero en todo caso los resultados deberían poderse medir en lo que resta del sexenio.

¿Y las milpas? Al prodigioso policultivo ancestral lo mantienen vivo cientos de miles de campesinos modestos que producen principalmente para su autoconsumo empleando semillas nativas y en condiciones **agroecológicas** casi siempre desfavorables. Y es loable que así lo hagan. Pero para el agricultor comercial ese tipo de cultivo biodiverso es inviable.

Hace treinta o cuarenta años, antes de que el éxodo de las nuevas generaciones rurales lo envejeciera, el **campo mexicano** rebosaba fuerza de trabajo. Hoy faltan brazos y los jornales que hay que pagar son cada vez mayores. Así las cosas, la reconversión de nuestra **agricultura** alimentaria no puede ser intensiva en mano de obra sino ahorradora de un recurso laboral que hoy es escaso y caro.

Habrà, pues, que hacer más eficiente el uso tanto de abonos como de fertilizantes y reducir o eliminar el empleo de pesticidas y otros agrotóxicos; habrá que emplear semillas mejoradas de preferencia las nuestras producidas por el Instituto Nacional de Investigaciones Forestales, **Agrícolas** y Pecuarias (INIFAP) y la Secretaría de Ciencias Humanidades, Tecnología e Innovación (Secihti) o por los propios **agricultores** que logran variedades sintéticas cruzando híbridas con nativas; habrá que hacer un uso adecuado del agua tanto la de los grandes distritos de riego -17 de ellos en proceso de rehabilitación y tecnificación- como la de los ríos, los pozos y la lluvia de los que dependen la mayor parte de los pequeños productores, y

Continúa en siguiente hoja

habrá mejorar las prácticas **agrícolas**...

Pero también habrá que mecanizar lo mecanizable, en el bocashi pasar de la pala y el azadón a las volteadoras y utilizar con creatividad nuevas tecnologías como los drones. Hacer milpa no es sembrar maíz, frijol y calabaza en ladera y al piquete. Hacer milpa, hoy, es desarrollar una pluriactividad actividad sinérgica y virtuosa que incluye la producción primaria -por lo general de un solo cultivo- pero también la autoproducción de algunos insumos y sin duda la transformación y el valor agregado. Y hacer milpa es hacer todo esto y hacerlo juntos, hacer milpa es asociatividad. Esto es hacer milpa en el sentido no literal sino paradigmático de la fórmula. Sigamos haciendo milpa.

Aun si se emplean mejor y moderadamente, los fertilizantes nitrogenados seguirán siendo necesarios, y aun con un mayor uso de energías limpias las termoelectricas de ciclo combinado seguirán funcionando. Y para las dos cosas necesitamos un gas natural que por el momento no tenemos en suficiencia y que importamos en un 75% de Estados Unidos, lo que nos hace altamente dependientes de un insumo estratégico. Podríamos obtenerlo aquí pues contamos con yacimientos en rocas de lutitas o esquistos que por fractura hidráulica liberan gas y petróleo. Pero el **fracking** consume mucha agua y emplea sustancias contaminantes por lo que en México lo hemos prohibido.

Sin embargo, el gas natural que traemos de Estados Unidos se obtiene en Texas por fractura hidráulica, de modo que, querámoslo o no, nuestro insoslayable consumo de gas se sustenta en una actividad de fuertes impactos ambientales. Y no debiera consolarnos el que estos no ocurran aquí sino en el país vecino pues la madre naturaleza no reconoce fronteras.

Hoy por hoy el 80% de la energía que emplean la industria y los consumidores domésticos a escala mundial proviene de los hidrocarburos, cuya extracción, procesamiento y empleo impactan gravemente al medio ambiente. La transición energética es urgente -y estamos en ella- pero por un tiempo estos recursos seguirán siendo indispensables y traerlos de Estados Unidos en vez de extraerlos aquí no reduce el impacto ambiental, pero si debilita severamente nuestra soberanía energética.

Esto en momentos en que, a resultas de los conflictos bélicos, la disponibilidad y precio de los hidrocarburos es errática, además de que el presidente de los Estados Unidos hace de su control un arma de guerra, como lo vemos en el bloqueo petrolero a Cuba. Y es precisamente en momentos de guerra en el oriente medio y cerco energético a la isla del caribe que la presidenta Sheinbaum pone sobre la mesa el tema del **fracking** y la soberanía energética.

Fecha <b>18.04.2026</b>	Sección <b>Del Campo</b>	Página <b>1-2-3</b>
----------------------------	-----------------------------	------------------------

Sin duda hay que atender a su llamado.

La conversión de una **agricultura** agresiva sustentada en insumos minerales que con frecuencia se emplean mal y en exceso a una **agricultura** amable sustentada en una combinación virtuosa de insumos y un manejo adecuado no es fácil ni rápida. Pero cuando la desigualdad en rendimientos y costos con la **agricultura** de nuestro vecino del norte nos lleva a recurrentes crisis de precios, y la escasez y carestía de los fertilizantes nitrogenados resultante de siniestros o guerras pone en riesgo nuestra capacidad de seguir sembrando, un viraje en nuestro modo de producir se vuelve indispensable. Y un componente fundamental de este giro son los insumos y su manejo

Tenemos un programa de transferencias monetarias a los campesinos pequeños y un programa de entrega de fertilizantes al mismo sector: Producción para el Bienestar y Fertilizantes para el Bienestar. Tenemos un programa de compras y otro de créditos blandos dirigidos a productores pequeños y medianos: Alimentos para el Bienestar y Cosechando Soberanía. Tenemos un programa para impulsar la preservación y empleo de

semillas nativas: El maíz es la Raíz.

Todos ellos en principio pertinentes. Aunque desde la desaparición de Coneval ya no lo sabemos de cierto pues el Instituto Nacional de Geografía y Estadística (INEGI) asumió la función de medir la pobreza multidimensional más no la de evaluar los programas sociales, y las Unidades de Monitoreo y Evaluación de las Secretarías son proverbialmente ineficientes. Carencia que se resiente, pues de haber tenido a tiempo una evaluación de diseño de Cosechando Soberanía quizá se hubieran podido revisar más oportunamente las reglas de operación de un generoso programa de créditos blandos que se empantanó por su inadecuada normatividad.

Aun sin el debido seguimiento, es celebrable que como parte de la 4T tengamos una batería de programas que atienden diversas dimensiones de la problemática rural. Y sin embargo no tenemos un programa integral de fomento productivo; carecemos de un programa destinado expresamente a incrementar la productividad técnica, la rentabilidad económica, la sostenibilidad ambiental y la asociatividad de los productores comerciales pequeños y medianos que operan en zonas de buen potencial

y que son los que pueden darnos la anhelada autosuficiencia alimentaria. Desde hace tiempo un programa así era necesario, la combinación precios bajos de los granos y precios altos de los fertilizantes lo hace urgente.

Me dicen que este largo Editorial es muy optimista. Lo es porque no hice una proyección -que a como vamos hubiera resultado infausta- sino que esboqué los aspectos centrales de un proyecto. Un plan que, creo, podría mejorar algunas cosas. •

Nota La información y las ideas de este Editorial provienen en gran medida de las conversaciones del autor con Francisco Abarδιά.




Biofábrica Ayotzintepéc.



Uso de drones en la agricultura.